

La dimensión emocional humana y psicopatología*

Juan Balbi

Una opinión compartida por los estudiosos de las emociones, es que éstas ejecutan funciones reguladoras de la mente mediante las cuales, atenuando o amplificando la actividad de todo el sistema psíquico, organizan tanto el pensamiento como la conducta. Biológicamente más antiguo que la cognición, el sistema emocional regula la atención y controla el entorno, otorgando a la conciencia una apreciación inmediata y global del contexto, que facilita una rápida respuesta adaptativa (1, 2, 3, 4). Sin embargo, en nosotros nada ocurre fuera de los límites de la autoconsciencia, de modo que aquella actividad reguladora es a su vez mediada por el sistema personal. A diferencia de como ocurre en los animales, el sistema emocional humano conlleva siempre diversos estratos de procesos complejos de orden cognitivo y afectivo que definen su funcionamiento.

Como se puede verificar en el desarrollo individual, a medida que el niño avanza en la adquisición de recursos cognitivos de mayor nivel de abstracción su conducta deviene más plástica y adaptativa a contextos relacionales más complejos. De modo que, antes que las emociones en sí mismas, la forma en que es mediada su actividad es la responsable del proceso que genera la manifestación fenoménica o conductual que podemos observar. En consecuencia, para arribar a explicaciones plausibles del fenómeno psicopatológico se requiere de un análisis exhaustivo de los mecanismos de mediación implicados en el funcionamiento del sistema emocional humano. Las emociones se inician evolutivamente con los primeros mamíferos hace más de 100 millones de años. Sus antecesores, los reptiles, luego de emerger del huevo sobreviven sin cuidado alguno de parte de sus progenitores, ya que su adaptación al ambiente demanda solamente de la coordinación con variables que arriban del mundo físico.

**Traducción de: Juan Balbi: *Pubblicato in: Nardi, B.; Arimatea, E.; Capecci, I. y Francesconi, G. (Eds.): Lavorare con le emozioni. Atti del XII Convegno di Psicologia Post-razionalista e Presentazione del Progetto UE Health25. Health Promotion for Disadvantaged Youth; Accademia dei Cognitivi Della Marca. Ancona, 2011.*

En cambio, los mamíferos al nacer para sobrevivir deben coordinarse con otro individuo vivo, una hembra que les brinde alimento y cuidados por un período prolongado. Esa coordinación se ejecuta en la diada madre cría por medio de su dispositivo emocional innato. Este sistema regula asimismo, durante todo el período de crianza, los comportamientos de exploración y acercamiento, en busca de protección, propios de la relación de apego que es característica de los mamíferos.

Luego, durante la vida adulta, las relaciones del individuo con los demás miembros de la manada serán también reguladas por medio de aquel dispositivo emocional. Con el advenimiento de los mamíferos se inicia una forma de vida en la cual la relación con otros de la especie es la variable fundamental para la adaptación y supervivencia de cada individuo. La forma específica de esa relación con los otros evolucionará en las distintas especies hasta alcanzar aquella que conocemos en los humanos.

Aquel sistema inicial, aunque complejo en si mismo, resulta simple comparado con la complejidad que adquirirá luego, en los primates y en el hombre. Dos características podemos señalar de las emociones que experimentan los mamíferos:

- a) regulan las condiciones de la relación de manera contingente, en el presente inmediato. Por ejemplo, la rabia sentida durante una riña entre dos lobos de un mismo grupo, por ejemplo, cesa en cuanto esa riña tiene fin;
- b) operan en estado "puro", son concretas y directas, ya que son ellas mismas las mediadoras de la relación.

Más tarde, con el advenimiento de los primates, hace unos cuarenta millones de años, surge una nueva forma de relación entre los miembros del grupo, que genera un incremento del sentido de diferenciación individual y una manipulación más eficaz de las propias emociones, en función de asegurar el mantenimiento de buenas relaciones grupales y de amistad, que son fundamentales para la supervivencia individual. Los primates viven en un dominio de vinculación mental, en el cual las emociones son mediadas por operaciones metarrepresentacionales, facilitadas por su emergente capacidad cognitiva para atribuir estados intencionales a los otros y coordinarse con éstos a través de manipular los propios. Por primera vez en la historia de la vida un animal es capaz de simular tener un estado intencional diverso al experimentado, con el fin de generar una falsa creencia en otro. La realización de esta maniobra requiere de una compleja operación cognitiva consistente en la

distinción entre el propio estado subjetivo, aquello que el individuo experimenta, y el punto de vista objetivo, la atribución que el individuo hace de como es visto por el otro. La mediación psíquica de las emociones en los primates cumple la función de adecuar el comportamiento a las exigencias de orden político y social. Por ejemplo, en la lucha por el liderazgo de su grupo, un chimpancé joven puede simular amistad e incluso sumisión hacia el jefe de su grupo, ocultando su agresividad, mientras construye un nuevo sistema de alianzas, para atacarlo recién cuando cuenta con ese contexto social más favorable.

En los primates anteriores al hombre se encuentra el germen de aquello que será la diferencia evolutiva más significativa de nuestra especie, la especial habilidad para operar en niveles complejos de metarrepresentación recursiva (o intencionalidad recursiva, definida como la capacidad de tener estados mentales referidos a estados mentales, de sí mismo o de otro, que se refieren, a su vez, a otros estados mentales). Dicho en otras palabras, los humanos tenemos la capacidad de regular nuestro estado intencional en función de lo que atribuimos que otra persona siente, respecto de aquello que atribuye que estamos sintiendo en relación al sentimiento que experimenta por nosotros. Este sistema recursivo es el que hace posible la existencia de la experiencia, exclusivamente humana, del enamoramiento recíproco, un proceso no conocido por las personas afectadas de síndrome de Asperger (5,6). Tal sistema afectivo metarrepresentacional comienza a operar muy precozmente y de forma tácita en el neonato humano con desarrollo normal. Una prueba de la imprescindibilidad de un buen funcionamiento de este sistema para lograr un desempeño eficaz en las relaciones interpersonales, se halla en las dificultades que afrontan los niños con síndrome autista, que carecen del mismo.

Por el ejercicio de esta capacidad, los humanos, antes que en un mundo de relaciones comportamentales concretas, vivimos en un mundo de relaciones de estados intencionales, en el que se despliega un dominio emocional constituido, en lugar de por emociones discretas, por sentimientos complejos y representaciones afectivas abstractas. Este dominio se caracteriza, además, por el hecho, aparentemente paradójico, de que una mayor diferenciación de los otros implica simultáneamente un incremento máximo de la dependencia afectiva. Por un lado, la posibilidad de una máxima diferenciación individual conduce a la experiencia de identidad personal (autoconsciencia abstracta). Por otro, la representación de un sentido estable de máxima reciprocidad de parte de otra persona significativa (vínculo metarrepresentacional abstracto), se transforma en una condición imprescindible para la continuidad de un sentido personal continuo y viable. Esta condición es el resultado de la dependencia mutua entre afectividad y consciencia existente desde el comienzo de la vida. Ambas instancias de la experiencia forman

parte de un mismo proceso dialéctico, en el cual avanzan, de manera simultánea y paralela, hacia niveles cada vez más abstractos de organización (7, 8, 9). La percepción de una nueva experiencia afectiva propia, en el curso de la relación con otro, facilita una mejor demarcación de la experiencia ajena y promueve en el neonato humano una expansión de su conciencia que, a su vez, lo prepara para nuevas distinciones.

Desde un punto de vista ontológico, la identidad personal puede concebirse como la experiencia afectiva resultante de percibir los contenidos y el operar de aquella parte de nuestra propia mente a la que tenemos acceso directo, la *consciencia fenoménica*. Ésta comienza a construirse en el segundo año de vida, cuando el neonato es capaz de distinguir su propia participación en las coordinaciones afectivas con el adulto que lo cuida. Su desarrollo evolutivo se extiende hasta el inicio de la edad adulta y ocurre a través de la emergencia paulatina de niveles cognitivos metarrepresentacionales más complejos, que operan como mediadores de la experiencia afectiva en curso. Con los nuevos recursos, la conciencia personal integra, paso a paso, el resultado de distinciones cada vez más sutiles de una, también cada vez más amplia, gama de matices afectivos propios, y atribuidos al otro, en la relación. Este proceso pasa cíclicamente por momentos de metaestabilidad, en los cuales las representaciones de la relación significativa y de la propia manera de ser en la misma son reformuladas de acuerdo a nuevos puntos de vista, que son generados, a su vez, por la emergencia de discrepancias afectivas. De este modo, gradualmente durante la infancia y la adolescencia se construye la *metaconsciencia afectiva individual*, que será la base de la organización de la identidad en cada persona. Esta es la representación, abstracta y tácita, de una trama de sentimientos de reciprocidad afectiva, construida en el curso de la relación interpersonal significativa de la etapa del desarrollo (desde el nacimiento hasta el final de la adolescencia) y reformulada en cada instancia crítica del propio ciclo vital (10). Esta representación marca los límites en los cuales el sistema operativo lineal de la conciencia fenoménica puede funcionar sin alteraciones, aplicando con eficacia sus recursos a las relaciones de la persona con el mundo físico y social. En tanto que el área crucial de las relaciones significativas, queda reservada para ser atendida por el más eficiente sistema operativo tácito de la metaconsciencia afectiva personal, que funciona en paralelo (11, 12).

En esta forma de funcionamiento de sistema personal radica la causa de la vulnerabilidad psicopatológica humana. Debido a que la plasticidad y operatividad de la conciencia fenoménica varía en función de la gama de sentimientos que puede referirse como propios de la representación tácita de la trama metarrepresentacional afectiva en curso, la regulación que ésta hace del sistema

emocional no está exclusivamente dirigida, como en los primates, a lograr mayor eficacia en el comportamiento social, sino fundamentalmente a adecuar los contenidos de sí misma en función de mantener estable el propio sentido de viabilidad. Con este fin utiliza la selección atencional como mecanismo de mediación de los estados intencionales. De este modo, enfocando ciertos contenidos afectivos en detrimento de otros, define cuales cristalizan a nivel explícito y cuales restan en el dominio tácito. Excluyendo de su foco atencional toda información que implique menor correspondencia, o mayor ambivalencia afectiva, que las contenidas en la representación de la trama previamente construida, la consciencia fenoménica, trata de impedir el arribo de discrepancias generadas en representaciones tácitas de nuevos estados afectivos personales. El fracaso de la conciencia fenoménica en esta tarea de exclusión atencional, implica el inevitable advenimiento a su dominio de aspectos parciales del complejo de sentimientos discrepantes. De manera sintomática, entonces, se manifiesta a nivel fenoménico, por ejemplo sólo el aspecto afectivo, la tristeza o la rabia, disociada de la representación de la pérdida, como en el caso de la depresión. Las sensaciones propioceptivas e interoceptivas, rasgos fisiológicos de la reacción emocional, disociada de los componentes afectivos y la representación, como en el caso del ataque de pánico y el síndrome agorafóbico. O solo la representación, disociada de los aspectos afectivos y emocionales, como en el caso del trastorno obsesivo.

BIBLIOGRAFIA

1. Damasio, A. R.: *Descartes' Error. Emotion, Reason, and the Human Brain*, Grosset-Putnam, New York, 1994.
2. Greenberg, L.; Rice, L. y Elliot, R., *Facilitando el Cambio Emocional. El Proceso Terapéutico Punto por Punto*, Paidós, Barcelona, 1996.
3. Reda M: *Le basi emotive dello sviluppo cognitivo: considerazioni per la psicoterapia*, in Sacco G, Isola L. (Eds.) *Etologia e Conoscenza*, Melusina, Roma, 1996.
4. Siegel D.J., *La Mente Relazionale. Neurobiologia dell'Esperienza Interpersonale*, Raffaello Cortina, Milano, 2001.
5. Rivière, A., *Intencionalidad y metarrepresentación: Una perspectiva evolutiva*, in Angel Rivière (Ed.) *Obras Escogidas, Volumen 3: Metarrepresentación y semiosis*, Editorial Médica Panamericana, Madrid, 2003.

6. Rivière, A. Sarria, E., Núñez, M., *El desarrollo de las capacidades interpersonales y la teoría de la mente*, in Ángel Rivière (Ed.) *Obras Escogidas: Volumen 3: Metarrepresentación y semiosis*, Editorial Médica Panamericana, Madrid, 2003.
 7. Balbi, J., *La Mente Narrativa. Verso una Concezione Post-Razionalista dell'Identità Personale*, Franco Angeli, Milano, 2009.
 8. Guidano, V.F., *La Complessità del Sé. Un Approccio Sistemico-Processuale alla Psicopatologia e alla Terapia Cognitiva*, Bollati Boringhieri, Torino, 1988.
 9. Guidano, V.F., *Il Sé nel suo Divenire. Verso una Terapia Cognitiva Post-Razionalista*, Bollati Boringhieri, Torino, 1992.
 10. Balbi, J., *La metaconciencia afectiva y el sentido de uno mismo: Una concepción posracionalista de la naturaleza afectiva de la conciencia*, www.revistadeapra.org.ar, 1 (3), 2009.
 11. Balbi, J., *Metarappresentazione affettiva tacita e senso di identità personale. Un approccio alla comprensione delle gravi patologie psichiatriche dell'adolescenza e giovinezza*, *Rivista di Psichiatria. Rivista di psichiatria*. Vol.46 N° 5-6; settembre/diciembre de 2011. Roma.
 12. Froufe, M.: *El Inconsciente Cognitivo: La Cara Oculta de la Mente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
-